

Preciso era todo lo que había sufrido, y lo que entonces sufría para acusar duramente á su padre, por haberla así sacado de su jardín y su pabellón queridos, para llevarla á aquel cuarto estrecho y escondido; pero contaba con Mario, pues el eclipse de aquella luz amorosa era de todo punto imposible.

Percibía de vez en cuando, á cierta distancia, como sacudimientos sordos, y decía:

—¡Es raro que se abran y cierren las puertas-cocheras tan temprano!
Eran los disparos de cañón contra la barricada.



Había, á algunos pies más abajo de la ventana de Cosette en la antigua cornisa negruzca de la pared, un nido de vencejos. Este nido resaltaba un poco, de suerte que se podía, desde arriba, ver el interior de aquel pequeño paraíso.

La madre cubría á la sazón con sus alas, en forma de abanico, á sus hijuelos, y el padre revoloteaba, iba y volvía, trayendo en el pico comida y besos.

El naciente día doraba aquella casa feliz: la gran ley de la naturaleza "Multiplicaos," se veía allí risueña y augusta, y aquel dulce misterio se derramaba en la gloria de la mañana.

Cosette con los cabellos al sol y el alma en las quimeras, iluminada interiormente por el amor, y fuera por la aurora, se inclinó maquinalmente al parecer, y casi sin atreverse á confesar que pensaba al mismo tiempo en Mario, se puso á contemplar aquellas aves, aquella familia, aquel macho y aquella hembra, aquella madre y aquellos pequeñuelos, con la profunda turbación que un nido produce en una virgen.

XI

Un tiro que no deja de ser certero ni mata á nadie.

El fuego de los agresores continuaba. La fusilería y la metralla alternaban, sin producir, á la verdad, gran daño.

Solamente padecía bastante la parte alta de la fachada de Corinto; poco á poco iba perdiendo su forma la ventana del primer piso como las buhardillas del tejado, acribilladas á balazos y cascós de metralla. Los combatientes apostados allí tuvieron que retirarse.

Por lo demás, esta es la táctica que se observa generalmente en el ataque de barricadas; se tira por mucho tiempo, á fin de agotar las municiones de los insurrectos, si éstos cometen la falta de contestar.

Cuando se conoce, por la disminución del fuego, que no tienen ya balas ni pólvora, se da el asalto.

Enjolrás no había caído en el lazo, y la barricada no contestaba.

A cada descarga, Gavroche ahuecaba el carrillo con la lengua, signo despreciativo en alto grado.

—Bueno,—decía,—romped la tela; tenemos mucha necesidad de hilas.

Courfeyrac interpelaba á la metralla por el poco efecto que producían sus cascós, y le decía al cañón:

—¡Te vuelves difuso, amigo mío!

En la batalla hay también sus intrigas como en los bailes de máscaras.

Por eso, probablemente, el silencio del reducto empezaba á inquietar á los sitiadores, y el temor de algún incidente imprevisto excitó en ellos el deseo de ver claro al través de aquel montón de adoquines, y de saber lo que pasaba detrás de aquella pared impenetrable, que recibía los tiros sin dignarse contestar.

De pronto divisaron los insurrectos un casco que brillaba con el sol sobre un tejado próximo.

Era un bombero que, apoyado en una chimenea, parecía estar allí de centinela, dominando con su vista toda la barricada.

—Es un vigilante incómodo,—dijo Enjolrás.

Juan Valjean había devuelto la carabina á Enjolrás, pero tenía su fusil.

Sin decir palabra, apuntó al bombero, y un segundo después el casco, herido por la bala, cayó con estrépito á la calle.

El bombero, asustado, se alejó más que de prisa.

Reemplazóle en su sitio otro observador. Era un oficial.

Juan Valjean, que había vuelto á cargar su fusil, apuntó al recién venido, y el casco del oficial fué á reunirse con el del soldado.

El oficial no insitió más, desapareciendo con igual presteza que el soldado.

Esta vez comprendieron la advertencia, y nadie substituyó á aquellos dos, renunciando todos á espiar la barricada.

—¿Por qué no habeis matado á esos hombres?—preguntó Bossuet á Juan Valjean.

Este no respondió.

XII

El desorden partidario del orden.

Bossuet murmuró por lo bajo á Combeferre:

—No ha contestado á mi pregunta.

—Es un hombre que hace el bien á tiros,—dijo Combeferre.

Los que conservan algún recuerdo de aquella época, ya lejana, saben que la guardia nacional de las afueras peleó con bizarría contra las insurrecciones.

Mostróse particularmente encarnizada é intrépida en las jornadas de Junio de 1832.

Los buenos figoneros de Pantin, de Vertus ó de la Cunette, cuyos establecimientos dejaban el motín sin parroquia, se volvían leones ante el espectáculo de sus salas de baile desiertas, sacrificándose en aras del orden representado por el figón.

En aquel tiempo, vulgar y heroico á la vez, ante las ideas que tenían sus caballeros, tenían los intereses sus paladines.

El prosaismo del móvil no le quitaba nada al valor del movimiento.

Los banqueros viendo disminuir sus montones de escudos, entonaban la Marsellesa.

Vertiase líricamente la sangre en favor del mostrador, defendiendo con entusiasmo la cede demoniano la tienda, ese inmenso diminutivo de la patria.

En el fondo, justo es decirlo, era allí todo muy formal. Los elementos sociales entraban en lucha, esperando el día de entrar en equilibrio.

Otro de los signos de aquel tiempo, era la anarquía mezclada con el gubernamentalismo (nombre bárbaro del partido correcto).

Defendíase el orden con disciplina.

El tambor tocaba á llamada de repente, por orden y antojo de tal ó cual coronel de la guardia nacional; este ó el otro capitán iba al fuego por inspiración propia; este ó aquel guardia peleaba de imaginación “y por su propia cuenta.”

En los momentos críticos, en las “jornadas” se seguía menos el consejo de los jefes que el de los instintos.

Había en el ejército de orden, verdaderos guerrilleros, los unos de espada, como Fannicot, los otros de pluma, como Enrique Foufrede.

La civilización, desgraciadamente representada en aquella época más bien por un agregado de intereses que por un grupo de principios, estaba, ó se creía, en peligro y lanzaba el grito de *allarma*. Todos, constituyéndose en centro, la defendían, le prestaban auxilio y protección, y el primero que llegaba se imponía la obligación de salvar la sociedad.

A veces, el celo llegaba hasta el exterminio. Un piquete de guardia nacional se constituía, por autoridad privada, en consejo de guerra, y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos á los insurrectos que caían prisioneros.

Una improvisación de esa clase juzgó y condenó á Juan Provairé. Ferocísima ley de Lynch, que ningún partido tiene derecho de echar en cara á los demás, pues así se aplica por la república en América, como por la monarquía en Europa.

Complicábase esa ley de Lynch con las equivocaciones que resultaban.

Cierto día de motín, un joven poeta, llamado Pablo Amado Garnier, fué perseguido en la Plaza Real por un soldado con la bayoneta calada, y no pudo evitar la muerte, sino refugiándose en la puerta-cochera del número 6. Oíase gritar: “¡A ese que es *sansimoniano!*” y querían matarle.

Ahora bien; la causa de todo aquello era que llevaba bajo el brazo un tomo de las Memorias del duque de San Simón; un guardia nacional había leído en el dorso del libro “San Simón” y bastó para que gritase: “¡Matarle!”

El 6 de Junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, que mandaba el capitán Fannicot, antes citado, se hizo diezmar por gusto ó por capricho en la calle de la *Chanvrière*. El hecho, aunque raro, consta de la sumaria formada á consecuencia de la insurrección de 1832.

El capitán Fannicot, ciudadano impaciente y osado, especie de bandidero del orden, de esos que acabamos de caracterizar, gubernamentalista fanático é indómito, no pudo resistir el incentivo de hacer fuego antes de tiempo y á la ambición de tomar la barricada por sí sólo únicamente, es decir, con su compañía.

Exasperado por la aparición sucesiva de la bandera roja y del vestido viejo, que él tomó por la bandera negra, censuraba á todos los generales y jefes del cuerpo, los cuales celebraban consejo, y eran de opinión que no había llegado aún el momento del asalto decisivo, y dejaban, según la expresión célebre de uno de ellos, que “la insurrección se fuese asando con su misma grasa.”

A él, por su parte, le parecía que la barricada estaba madura; y como lo que está maduro debe caer, probó.

Mandaba hombres tan resueltos como él, “furiosos,” según el dicho de un testigo.

Su compañía, lo mismo que había fusilado al poeta Juan Provairé, era la primera del batallón situado en el ángulo de la calle.

Cuando menos se esperaba, el capitán lanzó su gente contra la barricada.

Este movimiento, ejecutado con mejor deseo que estrategia, costó caro á la compañía Fannicot. Antes que llegase á los dos tercios de la calle, una descarga general de la barricada la recibió, y cuatro de los más audaces que corrían á la cabeza, fueron muertos á boca de jarro al pie del reducto.

Entonces, aquel pelotón de guardias nacionales, valientes, pero sin la tenaci-

dad militar, hubo de replegarse, después de alguna vacilación, dejando tras de sí quince cadáveres.

Aquel instante de vacilación dió á los insurrectos tiempo para volver á cargar las armas, y otra descarga muy mortífera alcanzó á la compañía antes de que pudiera doblar la esquina de la calle, que era su abrigo.

Hubo un momento en que se encontró entre dos fuegos, porque el cañón, no habiéndose dado orden en contra, seguía con sus disparos.

El intrépido é imprudente Fannicot fué una de las víctimas de la metralla. Matóle el cañón esto es, el orden.

Aquel ataque, más furioso que formal, irritó á Enjolrás.

—¡Imbéciles!—dijo.—Envían su gente á morir, y nos hacen gastar las municiones inútilmente.

Enjolrás hablaba como verdadero general de motín.

La insurrección y la represión no luchan nunca con armas iguales. La insurrección, fácilmente agotable, no tiene sino un número limitado de tiros y de combatientes; imposible es reemplazar una cartuchera que se vacía ó un hombre que sucumbe.

La represión, como cuenta con el ejército, no se cuida de los hombres; y como tiene el portue de Vincennes, poco le importa desperdiciar la pólvora ni las balas. Dispone de tantos regimientos como defensores hay en la barricada, y de tantos arsenales como cartucheras poseen los insurrectos.

Son, pues, luchas de uno contra ciento, que terminan siempre por destruir la barricada, á menos que la revolución, surgiendo bruscamente, no vaya y arroje en la balanza su flamígera espada de arcángel.

Cuando eso sucede, el levantamiento se hace general, los empedrados entran en efervescencia, pulullan los reductos populares, París se estremece soberanamente, despréndese el "quid divinum," hay en el aire un 10 de Agosto, hay un 29 de Julio, aparece una prodigiosa luz, las abiertas bocas de la fuerza retroceden; y el ejército, ese león, ve ante sí, de pie y tranquilo, á ese profeta: la Francia.

XIII

Luces que pasan.

En el caos de sentimientos y de pasiones que defienden una barricada se encuentra de todo: valor, juventud, pundonor, entusiasmo, idealismo, convicción, encarnizamiento de jugador, y más que nada, intermitencias de esperanza.

Una de esas intermitencias, uno de esos vagos estremecimientos de esperanza, atravesó súbitamente, cuando menos se creía, la barricada de la Chanverie.

—Oíd,—exclamó de repente Enjolrás desde su atalaya;—páreceme que París se despierta.

Es sabido que en la mañana del 6 de Junio tuvo la insurrección por una ó dos horas, cierta recrudescencia.

La obstinación de la campana de San Merry reanimó algunas ilusiones.

En las calles de Poirier y de Gravilliers se empezaron á levantar barricadas.

Delante de la puerta de San Martín, un joven, armado con una carabina, atacó sólo á un escuadrón de caballería. Al descubierta, en medio del boulevard, puso una rodilla en tierra, apuntó, tiró, mató al que mandaba el escuadrón, y se volvió diciendo: "Otro más que ya no nos hará daño."

Fué acuchillado.

En la calle de San Dionisio, una mujer colocada detrás de una celosía corrida, hacía fuego contra la guardia municipal; á cada tiro se veían temblar las hojas de la celosía.

Un chico de catorce años, que llevaba los bolsillos llenos de cartuchos, fué preso en la calle de la Cossonnerie.

Varios cuernos de guardia fueron atacados.

A la entrada de la calle Martín Poirée, un fuego de fusilería muy vivo y de todo punto inesperado, recibió á un regimiento de coraceros, á cuya cabeza marchaba el general Cavaignac de Barague.

En la calle Planche Mibray, arrojaron de lo alto de los tejados sobre la tropa cascotes de loza vieja y utensilios de cocina: mala señal; así que al darse parte de este hecho al mariscal Soult, al veterano de Napoleón, se puso pensativo, acordándose de la frase de Suchet en Zaragoza: "Estamos perdidos, cuando las viejas nos vierten el vaso de noche en la cabeza."

Aquello síntomas generales que se manifestaban en el instante de creerse localizado el motín, aquella fiebre iracunda que volvía á sobreponerse, aquellas pavesas que volaban acá y allá por cima de aquellas masas profundas de combustible llamadas los arrabales de París, todo aquel conjunto alarmó á los jefes militares, que se dieron prisa á apagar aquellos principios de incendio.

Aplazóse para después que esas chispas se extinguieran, el ataque de las barricadas, Chanverie y San Merry, á fin de tener que habérselas con ellas solas, y de acabarlas todo de una vez.

Lanzáronse columnas á las calles donde había fermentación, barriendo las grandes, sondando las pequeñas, á derecha é izquierda, ya con precaución y lentamente, ya á paso de carga.

La tropa derribaba las puertas de las casas donde se había hecho fuego, y al mismo tiempo piquetes de caballería dispersaban al trote ó á la carrera los grupos de los boulevares.

No se verificó, pues, aquella represión sin ruido, sin el estrépito tumultuoso propio de los choques entre el ejército y el pueblo.

Y eso era lo que percibía Enjolrás en los intervalos de la fusilería y la metralla.

Había visto además pasar por la esquina de la calle, heridos en parihuelas, y dijo á Courfeyrac:

—Esos heridos no son de aquí.

La esperanza duró poco; aquella claridad no tardó en eclipsarse. En menos de media hora lo que había en el aire se desvaneció; fué á modo de un relámpago sin rayo, y los insurrectos sintieron volver á caer sobre ellos esa especie de losa de plo-

mo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los que se obstinan en resistir después de abandonados.

Había abortado el movimiento general que pareció bosquejarse vagamente; y así, la atención del ministro de la Guerra y la estrategia de los generales podían concentrarse ya en las tres ó cuatro barricadas que se sostenían aún. El sol subía en el horizonte.

Un insurrecto interpelló á Enjolrás:

—Tenemos hambre. Pero ¿es verdad que vamos á morir aquí sin comer?

Enjolrás, siempre apoyado en su almena, y sin apartar los ojos del extremo de la calle, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

XIV

Donde se leerá el nombre de la querida de Enjolrás.

Courfeyrac, sentado en un adoquín junto á Enjolrás, continuaba insultando al cañón, y cada vez que pasaba, con su monstruoso ruido, esa sombría nube de proyectiles llamada metralla, lanzábale una bocanada de ironía.

—Echa los bofes, infeliz animal; me das lástima; te desgañitas en vano. Eso no es trueno; es tos.

Y todo el mundo reía á su alrededor.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo valeroso buen humor se aumentaba con el peligro, substituían, como la señor Scarron, el chiste al alimento; y puesto que faltaba el vino, escanciaban á todos alegría.

—Admiro á Enjolrás,—decía Bossuet.—Su impasible temeridad me maravilla. Vive solo, y quizá esto le tenga un poco triste. Enjolrás se queja de su grandeza, que le ata á la viudez. Todos nosotros, más ó menos, tenemos queridas que nos vuelven locos, es decir, valientes. Cuando se está enamorado como un tigre, no es un gran mérito pelear como un león. Así nos vengamos de las malas pasadas que nos juegan las buenas mozas. Rollán se hace matar por hacer rabiar á Angélica. Todos nuestros actos heroicos provienen de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer es una pistola sin gatillo: la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien: Enjolrás no tiene mujer, no está enamorado, y sin embargo, halla medio de ser intrépido. Es una gran cosa eso de poder ser frío como la nieve y atrevido como el fuego.

Enjolrás no parecía escuchar; pero cualquiera que hubiese estado junto á él, le hubiera oído pronunciar á media voz esta palabra: "Patria."

No había cesado aún de reirse Bossuet, cuando Courfeyrac gritó:

—¡Noticia!

Y con la voz de un pregonero en el acto de anunciar, añadió:

—Me llamo Pieza de á Ocho.

En efecto, un nuevo personaje acababa de salir á la escena. Era otro cañón.

Los artilleros, maniobrando con rapidez, colocaron en batería la segunda pieza al lado de la primera.

—Está bien. Somos veintisiete hombres aptos para el combate. ¿Cuántos fusiles hay?

—Treinta y cuatro.

—Sobran ocho. Que estén á la mano esos ocho fusiles, cargados como los demás. En el cinto los sables y las pistolas. Veinte hombres en la barricada. Seis, emboscados en la buhardilla y en la ventana del primer piso para hacer fuego contra los sitiadores, por las troneras de los adoquines. Que no quede aquí ni un solo trabajador inútil. Luego, cuando el tambor toque á atacar, que los veinte de abajo se precipiten á la barricada. Los que primero lleguen se colocarán mejor.

Dadas estas órdenes, se volvió á Javert, y le dijo:

—No me olvido de tí.

Y poniendo sobre la mesa una pistola, añadió:

—El último que salga de aquí levantará la tapa de los sesos á ese espía.

—¿Aquí mismo? —preguntó una voz

—No; no mezclemos ese cadáver con los nuestros. Se puede atravesar la pequeña barricada de la callejuela de Mondetour. Sólo tiene cuatro piés de alta. El hombre está bien amarrado. Se le conducirá y ejecutará allí. En aquel momento había uno de los presentes mas impasible que Enjolrás; era Javert.

Presentóse Juan Valjean.

—¿Sois vos el jefe?

—Sí.

—Me habéis dado las gracias hace poco.

—En nombre de la República. La barricada tiene dos salvadores: Mario Pontmercy y vos.

—¿Creeis que merezco recompensa?

—Sin duda.

—Pues bien; pido una.

—¿Cuál?

—La de permitirme levantar la tapa de los sesos á ese hombre.

Javert alzó la cabeza, vió á Juan Valjean, hizo un movimiento imperceptible, y dijo:

—Es muy justo.

Enjolrás había vuelto á cargar de nuevo la carabina, y miró alrededor.

—¿No hay quién reclame?

Y dirigiéndose á Juan Valjean, le dijo:

—Tomad el polizonte.

Juan Valjean tomó, en efecto, posesión de Javert, sentándose al extremo de la mesa.

Cogió la pistola, un débil ruido seco anunció que acababa de montarla.

Casi al mismo tiempo se oyó el toque de una corneta.

—¡Alerta!—gritó Mario desde lo alto de la barricada.

Javert se puso á reír con aquella risa sorda que le era propia, y mirando fijamente á los insurrectos, les dijo:

—No gozais de mucha más salud que yo.

—¡Todo el mundo afuera!—gritó Enjolrás.
Los insurrectos se lanzaron en tropel, y al salir recibieron en la espalda (permítasenos la frase) estas palabras de Javert:
—¡Hasta luego!

XIX

Venganza de Juan Valjean.

En cuanto Juan Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por la mitad del cuerpo, y cuyo nudo estaba debajo de la mesa. En seguida le hizo seña de que se levantase.

Javert obedeció, con aquella indefinible sonrisa en que se condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Juan Valjean tomó á Javert de la gamarra, como se tomaría á una "acémila" del diestro y conduciéndole en pos de sí, salió del fijón con lentitud, porque Javert, trabado de piernas, no podía dar sino pasos muy cortos.

Juan Valjean llevaba en la mano una pistola.

Atravesaron de este modo el trapecio interior de la barricada.

Los insurrectos, atentos todos al inevitable ataque, estaban de espaldas.

Solamente Mario, ladeado en la extremidad izquierda del parapeto, los vio pasar. Aquel grupo del paciente y el verdugo se iluminó con la luz sepulcral que había en su alma.

Juan Valjean, no sin algún trabajo, hizo escalar á Javert, atado y todo, sin soltarle un instante, la pequeña trinchera de la callejuela de Mondetour.

Cuando hubieron pasado este parapeto, se encontraron solos en la calle.

Nadie los veía.

El ángulo que formaban las casas los ocultaba á los ojos de los insurrectos.

A pocos pasos de allí formaban un terrible montón los cadáveres retirados de la barricada.

En aquel hacinamiento de muertos se distinguía un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano agujereada y un seno de mujer medio desnudo: era Eponina.

Javert se fijó, de soslayo, en aquel cuerpo, y dijo á media voz, profundamente tranquilo:

—Parece que conozco á esa muchacha.

Después se volvió hacia Juan Valjean.

Juan Valjean se puso la pistola bajo el brazo, y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir:

Javert, soy yo.

Javert respondió:

—Desquítate.

Valjean sacó una navaja del bolsillo, y la abrió.

—¡Un flamenco!—exclamó Javert.—Tienes razón. Esto te cuadra más.

Juan Valjean cortó la gamarra que Javert tenía al cuello; luego cortó las cuer-

das de las muñecas, y por último, bajándose, hizo lo mismo con la cuerda de los pies. Después, poniéndose otra vez derecho, díjole con fría serenidad:

—Estáis libre:

Javert no era hombre que se asombrase fácilmente. Sin embargo, á pesar de ser tan dueño de sí mismo, no pudo evitar cierta emoción. Se quedó admirado é inmóvil.

Juan Valjean prosiguió

—No creo que salgáis de aquí. No obstante, si por casualidad salieseis, vivo con el nombre de Fauchelevent en la calle del Hombre Armado, número 7.

Javert sintió una especie de fruncimiento de tigre, que le hizo entreabrir un lado de la boca, y murmuró entre dientes:

—Guárdate.

—Idos,—dijo Juan Valjean.

—Javert repuso:

—¿Has dicho Fauchelevent, calle del Hombre Armado?

—Número 7.

Javert repitió á media voz:

—Número 7.

Abrochóse su levitón, tomó cierta actitud militar, dio media vuelta, cruzó los brazos, apoyando la barba en una de las manos, y echó á andar tomando la dirección de los Mercados. Juan Valjean le seguía con la vista.

Después de dar algunos pasos, se volvió y dijo á Juan Valjean:

—Me habéis fastidiado. Prefiero que me matéis.

Javert, sin advertirlo, no tuteaba ya á Juan Valjean.

—Idos,—repitió Juan Valjean.

Javert se fué alejando poco á poco. Un momento después doblaba la esquina de la calle de Predicadores.

Cuando Javert hubo desaparecido, Juan Valjean descargó su pistola al aire.

Después, entrando de nuevo en la barricada, dijo:

—Ya está.

Entretanto hé aquí lo que había pasado:

Mario, más ocupado en lo de afuera que en lo de adentro, no se había fijado hasta entonces en el espía amarrado en el fondo obscuro de la sala baja.

Cuando le vió á la luz del día, atravesando la barricada camino de la muerte, le conoció.

Un recuerdo súbito penetró en su alma. Acordóse del inspector de la calle de Pontoise y de las dos pistolas que le había entregado, las que le sirvieron en aquella misma barricada; y no sólo se acordó de la fisonomía, sino también del nombre.

Sin embargo, era un recuerdo nebuloso y confuso, como todas sus ideas.

No fué una afirmación, sino una pregunta que se hizo á sí mismo.

—¿No es ese el inspector de policía que me dijo llamarse Javert?

Mario interpelló á Enjolrás, que acababa de colocarse al otro extremo de la barricada:

—¡Enjolrás!

—¿Qué

—¿Cómo se llama ese hombre?